



DE LOS MAESTROS ESPAÑOLES

## EL MEDICO DE A CABALLO

YENDO yo aquella tarde de Enebras de la Rivera a Los Altozanos del Rey, caballero en viejo cuartago seguido de mi guía, que montaba sobre el serón del equipaje y de las vituallas, acomodado en los bastes de una mula, ví delante, muy delante, un jinete que cabalgaba en un rucio trotador. El llevaba sobre su persona un capote de monte, y ceñía su cabeza una caperuza de piel. Era el tiempo frío como corresponde al Diciembre de la alta Castilla, y al ponerse el Sol entre negras neblinas, anunciaba una noche fiera.

—Mi guía me dijo:

—Ahí va don Jacinto... Largo viaje lleva... Es el médico de Enebras. Ha de atender a cinco lugares, y, sin duda, le han llamado de Tordevientos, que es aquella aldea que humea detrás del cerro de los acebos... más allá del río.

—¿Y allá ha de ir ese hombre? Dormirá en Fornibras. Y mañana volverá a su casa.

—No señor. El va ahora en su caballejo, verá al enfermo, le dispondrá las medicinas que mejor crea y enseguida trotará para su casita, que está toda llena de libros. Y a lo mejor cuando empiece a dormir le avisarán que se le ha roto una tripa al vecino de los Alcaeres, y el médico saldrá en su bestia en busca de la montaña... donde hay lobos y facinerosos.

—Vida poco agradable —exclamé.

Y mi guía que resultó un filósofo de abarcas y angurina, repuso:

—Pues aún es peor de lo que su merced piensa, porque los madrugones, las trasnochadas, los cierzos de Enero, el rescoldo de Agosto, los aguaceros de todo el año, mientras don Jacinto sea joven podrá resistirlos. Pero la arbitrariedad del cacique, la grosera e injusta autoridad de los mandones de las aldeas, eso es superior a la paciencia de un santo... El médico ya ha de sufrir un martirio viviendo entre gentes ignorantes. Le ha de faltar el ambiente que le rodeó durante el período de sus estudios universitarios y probablemente toda su anterior existencia, ya que esa carrera no la siguen patanes. Si además de eso se ve ofendido, avasallado, desdeñado por los Trucios, los Bragas y los Zotes que imperan en la villa, juzgue su merced cómo podrá resistirlo...

De este modo habló mi guía, el cual hubo de parecerme, con su perspicaz y discreta locución, no es polique acompañante de pasajeros, sino la voz de la conciencia colectiva de los numerosos pueblos españoles, en los que hay una víctima probable: el maestro de escuela; y una víctima segura: el médico.

Y marco esta diferencia porque el primero se halla rodeado de la muchachería alegre, y si es digno de su santa misión, le es dado el placer de convertir al zafio en alfabetista. «La convivencia con los niños

—dijo *Fernán Caballero*—perpetúa la infancia. Por eso hay preceptores nonagenarios que sonrían con la inocencia de los ángeles...»

Pero el médico de aldea sólo tiene relación con los dolientes y con los ignorantes. Lucha por la salud de aquellos. Se defiende de los otros. Tal vez ese representante típico de la cultura en la selva inextricable de la atávica barbarie es el dechado de la perfección social... Chispa de fuego que cae de lo alto sobre arenas, en ellos se extingue. ¡Feliz el esforzado que vence la sugestión del medio ambiente e impone su energía...! El médico de aldea, que eso logra, es un ejemplo de la voluntad dominadora...

No es caso peregrino. He conocido muchos, y podría poner sobre la hipótesis nombres y apellidos. Para el joven doctor o licenciado en Medicinas y Cirugía que interrumpe su sueño de experimentador, pasando bruscamente de la comunicación con los maestros en clínicas, laboratorios y academias, a la soledad espiritual de la aldea intensa, hay un definitivo problema en el tránsito. Montalambert dijo que en toda vida elevada hay un Rubicón... Y comentando Varela esta frase, decía: «La cuestión no es pasar el Rubicón, sino repararle»...

Allá iba en su rucio trotador, don Jacinto para llevar la salud o la esperanza de la salud a los desdichados que sufren... La tarde se entenebrecía, las nubes cerraban el horizonte. Regresaban a los pueblos los labriegos con las yuntas... En la dilatada planicie, poblada de rebaños de lugarejos, surgía el humo de las chimeneas, como columnas salomónicas del amor familiar, en cada una de cuyas vueltas se escondía una nevada del músculo hispano. En un declive del camino se me fugó la visión grata del médico... El quedó en mi mente como una síntesis de la contradictoria vida de mi tierra... Y uniendo las memorias con las fantasías, este recuerdo de un viaje me ha servido para colocar en mi personal archivo dos ejemplares de médicos aldeanos, los dos igualmente respetables. El uno el que llega mozo a la villa, y en ella vive, y en ella implanta nuevos usos de higiene, siendo el más eficaz reformador de los hábitos anacrónicos. El se va un día, para ser, acaso, en Madrid, una eminencia... El otro ejemplar es el del que llega a la aldea, y en ella se queda... Le atrae la humildad de sus clientes, le sujeta el científico sacerdocio. Ama a los desventurados: se rinde a su servicio. Es el noble holocausto de la ciencia a la ignorancia.

¿Dónde estará don Jacinto, el médico de Enebras, el que cabalgaba en el rucio trotador...? Donde se halle le acompañará mi respeto. Quiero ser el espolique de su ciencia y de su caridad...

J. ORTEGA MUNILLA.